

CLARAMUNT SOTO, Àlex (2023), *Es necesario castigo. El duque de Alba y la revuelta de Flandes*. Madrid: Desperta Ferro, 400 pp. ISBN: 978-84-124985-7-8.

La revuelta de los Países Bajos fue el gran escollo para la monarquía de Felipe II y el auténtico pozo sin fondo de la Monarquía durante las décadas que duró la interminable guerra de los Ochenta Años, en un conflicto que se alargaría hasta el contexto de las paces de Westfalia de 1648. En aquel momento acabó, pero fue con el duque de Alba que dio comienzo de forma más abierta este conflicto que ha quedado en el imaginario colectivo tanto español como, sobre todo, holandés: su himno actual sigue haciendo referencia a la rebelión contra Felipe II.

No faltan los expertos en la guerra de los Ochenta Años tanto desde un nivel general como más específico para algún momento de su cronología (Geoffrey Parker, Gustaaf Janssens, Julie Versele, Hugo de Schepper, Raymond Fagel, Violet Soen, Alicia Esteban Estríngana, José Eloy Hortal Muñoz o Miguel Àngel Echevarría por citar sólo a algunos de los autores que han dedicado ríos de tinta sobre este conflicto), pero curiosamente el gobierno del duque de Alba no había sido especialmente estudiado. Se podrían destacar las biografías escritas por William Maltby (*El gran duque de Alba*, Atalanta, 2007), Henry Kamen (*El gran duque de Alba. Soldado de la España imperial*, La esfera de los libros, 2005) y Manuel Fernández Àlvarez (*El duque de hierro. Fernando Àlvarez de Toledo, III duque de Alba*, Espasa, 2007), pero

resulta ciertamente paradójico que no haya gozado de más atención en Flandes, cuando fue durante su gobierno cuando estalló la gran revuelta. En este contexto de publicaciones alrededor de los Países Bajos, los tercios y sus líderes se enmarca la nueva aportación de Àlex Claramunt editada por Desperta Ferro.

Este libro es una historia militar (un análisis del gobierno de Àlvarez de Toledo en los Países Bajos, sobre todo a partir del 1572, necesariamente lo será), pero también un acceso a la figura del duque de Alba desde un punto de vista que intenta ser racional: pone más el foco de los choques entre el sustituto de Margarita de Parma y los estados en las dispares concepciones de gobierno de unos y otros que en el carácter del duque. La ley emanada del rey contra la ley emanada de los estados a la hora de legislar y buscar el beneficio común. Aunque si algo fue símbolo de la tiranía de Alba fue el Tribunal de los Tumultos: como indica el autor, en los 9 años de existencia procesó a 8.568 personas, de las que ejecutó a 1.083 (mención especial a Horn y Egmont), aunque la gran persecución se produjera en los primeros dos años y no durante las campañas posteriores, cuando se usó como gran mecanismo para la persecución de los calvinistas que habían participado en la *furia iconoclasta* de verano de 1566. Una mala fama entre los locales que se vio acrecentada por los alojamientos de tropas, cierta persecución de congregaciones clandestinas de protestantes y los impuestos de nueva creación y aplicación unilateral (el Centésimo, Vigésimo y Décimo dinero) para sufragar los

gastos militares que acabó de dinamitar la imagen de Alba con la población local.

Por lo que respecta a las fuentes utilizadas, tiene muchos puntos positivos y pocos negativos. Hace un uso exhaustivo de la bibliografía (muestra un muy buen dominio de ella) y se evidencia que conoce las crónicas a la perfección. Bernardino de Mendoza, sus *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos*, siempre es una buena elección por ser testigo directo de los hechos (llegando a ofrecer muchas veces una visión menos contaminada que la propia correspondencia de los gobernadores generales con Felipe II, pues éste no tenía sus implicaciones e intereses comprometidos), así como el *Felicísimo Viaje* de Juan Cristóbal Calvete de Estrella lo es para conocer la situación de los Países Bajos a mediados de siglo XVI. Tampoco pasa por alto a Pedro Cornejo, Sancho Londoño o Francisco de Valdés. Debe destacarse, eso sí, y quizá sea éste un elemento diferencial respecto otras publicaciones en holandés, como el *Gedenkdagen van het beleg der Stede Alkmaar in 1573*, o registros de Holanda y Frisia consultados directamente en neerlandés.

Pero más allá de su uso, es la correspondencia la base de la información primaria que encontramos en estas páginas. Un tipo de documentación que acostumbra a ser rica a nivel cualitativo y que ofrece grandes posibilidades para acceder a opiniones, incluso llegando a entender el carácter, de los emisores. Eso sí, siempre hay que calibrar bien los riesgos que conlleva la ocultación

o moderación de datos según los intereses que los protagonistas pudieran tener con destinatarios o terceros. Y el autor lo hace bastante bien. Su acceso, sin embargo, ha sido a través de algunos de los principales compendios documentales sobre el tema: los volúmenes 36 y 75 de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (más conocida como CODOIN) y la *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas* de M. Gachard. La cantidad de cartas, crónicas y otros documentos que se reúnen en estos compendios es ingente, pero más fragmentada de lo que parece, por lo que hubiera sido interesante el acceso al Archivo General de Simancas (lo interesante del Archivo Fundación Casa de Alba queda bien cubierto por el epistolario del III duque publicado en 1952, por ejemplo), donde en los fondos Estado-Flandes se conserva una enorme cantidad de correspondencia bidireccional entre Felipe II y sus secretarios y el duque de Alba, pudiéndose complementar con la documentación de los fondos de Contaduría Mayor de Cuentas, Contaduría y Junta de Hacienda, Guerra y Marina o, incluso, de Estado-Venecia y Estado-Roma (donde se conservan algunos comentarios sobre política de Alba en Flandes por ser grandes centros diplomáticos del momento) o Estado-K (por ser el embajador hispánico en París otro gran sostén de relaciones con Madrid por cercanía geográfica). Sin ir más lejos, era un momento de gran dificultad también para los reyes de Francia, inmersos en plenas guerras de religión contra los hugonotes: la matanza de la Saint Barthélemy se produjo mientras

el duque de Alba asediaba Mons, celebrando la noticia con salvas de artillería, como indica Claramunt. A pesar de esto, debe decirse que es alto el grado de erudición y cruce de fuentes, españolas y holandesas, a pesar de no centrarse en el manuscrito, contrastándose con soltura la correspondencia con las crónicas y la bibliografía. Y todo ello sin que se deje de lado el tono narrativo que el libro adquiere desde las primeras páginas.

Pero sin duda, más allá de concepciones generales del gobierno, cuando el libro destaca en la precisión de la narración de los hechos es cuando se entra en los acontecimientos militares tras la invasión de 1572 y la respuesta que tuvo el duque de Alba. Desde la toma de Briel por los mendigos del mar y su ocupación del terreno, los hechos son reseguídos de forma bastante lineal y lógica, con atención a los detalles de las diversas campañas: del impulso inicial de los mendigos del mar a la reacción de las tropas realistas para evitar la caída general de los estados.

Como la principal atención se centra en las campañas de 1572-1573 es en la sucesión de sitios (en un estilo de conflicto que caracterizó esta guerra) y movimientos constantes de compañías por un territorio no demasiado extenso que brilla más la obra. Quizá de entre todos ellos (Mons, el bloqueo de Ámsterdam, Malinas, Goes o Zutphen) el que destaca por implicaciones en el momento y futuras será el de Haarlem. Las aproximadamente 70 páginas que dedica a este hecho suponen un repaso minucioso por el que fue quizá la batalla

más dura del gobierno del duque y donde se puede percibir la crueldad de la guerra de asedio en época moderna: trincheras, salidas desde la ciudad, intentos de socorro, guerra anfibia, hambre, frío, lodo y motines más o menos explícitos eran las características básicas de la guerra en los Países Bajos. Todo ello, en una enorme victoria (casi pírrica por el desgaste del asaltante) que acabó con la ejecución de 1.735 o 2.300 defensores, según la fuente, pero que supuso un antes y un después para las relaciones entre gobernador general y rebeldes. Como ya indicaba Parker en su *Camino español*: las ciudades no se rendirían sin luchar tras el precedente que Haarlem creó.

Con satisfacción personal por los caminos que mi investigación me ha llevado (el gobierno de don Luis de Requesens en los Países Bajos, el sucesor del duque de Alba) tomé el epílogo. La complejidad y los equilibrios político-militares que desplegó Álvarez de Toledo durante las susodichas campañas fueron heredados necesariamente por su sucesor, y el primer gran revés fue la pérdida de Middelburgo, y de la isla de Walcheren casi por completo. Y está muy bien traído, pues el fracaso del socorro y el desastre de la flota de Bergen op Zoom dirigida por Julián Romero no deja de ser el punto final de un duque de Alba ya camino de la península ibérica y, a su vez, punto de partida del gobierno de Luis de Requesens. Una herencia que, como el autor bien cita en dicho epílogo, tendría el gran escollo en lo desproporcionado del ejército después de los reclutamientos hechos para hacer frente a la invasión de 1572, imposible de pagar y, por ende,

propenso al motín: alfa y omega de la mayoría de los problemas del gobierno del sucesor.

Por si esto fuera poco, es un volumen que, siguiendo la línea de la editorial, destaca además de por la densidad del texto, por un excelente apartado visual. Las imágenes ilustran, acompañan y complementan, pero es la selección, y creación, de mapas y planos lo que sí añade un elemento diferencial que ayuda a trasladar al lector en todo momento a los escenarios descritos.

Se trata, pues, de un libro que aproxima las campañas del duque de Alba al público general y especializado con un grado de detalle enorme. Accede a su figura desde el punto de vista quizá más del militar que del gobernador general de los Países Bajos, pues la atención queda centrada casi por completo en el hecho militar. Debe reconocerse, eso sí, que eran dos caras de la misma moneda, dos posturas casi imposibles de separar en ese

contexto de guerra total tras la invasión de 1572. A pesar de ello, nos encontramos ante un gran título para entender la complejidad del inicio de la guerra de los Países Bajos por orografía, implicaciones religiosas, dificultades económicas y vaivenes entre asedios y escaramuzas. Pasa a ser, por este mismo motivo, la principal referencia para conocer de primera mano las campañas desarrolladas por el duque de Alba en años clave para la monarquía de Felipe II y de los Habsburgo en general, ya que en estas páginas se ve de forma más que detallada el comienzo *de facto* de una guerra que (tregua de los Doce Años mediante) no acabaría hasta 1648 bajo el reinado de Felipe IV, nieto del rey que vio iniciarse el conflicto ochenta años antes, y cuyo recuerdo público se alarga en aquellos territorios hasta nuestros días.

Víctor J. JURADO RIBA
Universidad de Barcelona